

Afectos singulares y afectos vinculares¹ Autenticidad, credibilidad, malentendido

Janine Puget

Resumen

Se analiza las diferentes cualidades del afecto singular y del afecto vincular en tanto perteneciente a distintos espacios mentales. También se diferencia el malentendido lingüístico y malentendido del afecto, considerando que los afectos agregan un plus al malentendido funcional. Se discute el lugar que ocupa la autenticidad en relación con los afectos y el concepto de credibilidad.

Agradezco a Marilú Pelento y a Ignacio Lewkowicz sus valiosos aportes y el haberme ofrecido la posibilidad de discutir mis ideas con ellos.

Cuando un paciente comenta que salió bien o mal de la sesión anterior, indica que lo hace en nombre de una *creencia*: cree haber experimentado una transformación de un estado afectivo en otro, transformación que va a concientizar en la post-sesión. Con este comentario, ya fuera de la escena en la cual se produjo la experiencia, el paciente intenta confirmar un estado emocional pasado y para ello debe traducir-transcribir una vivencia singular en una vivencia vincular, inscribiendo eventualmente una marca en el vínculo analítico. En algunas ocasiones va más allá del comentario y agrega nexos causales para incorporar esa marca en un relato coherente (verosímil), la cual queda así grabada en la memoria. A veces esta operación responde a la necesidad de recordar, recuperar y pensar un

¹ Publicado originalmente por APdeBA en *Psicoanálisis*, vol. 20, no. 3 (mar. 1998), pp. 751-768.

momento en el cual ocurrió algo en el orden de un estado afectivo lo cual ha dejado una impronta en el vínculo. Otras veces, en cambio, la necesidad de retener el pasado responde al temor-terror de no ser capaz de engendrar otros nuevos estados afectivos importantes. En ambos casos, una experiencia emocional está en la búsqueda de un plus: ser ubicada en un espacio fuera de una temporalidad. Tal vez el analista en este momento intente, o no, recordar si encuentra en su mente alguna vivencia semejante o si sabe a qué corresponde, tal vez bajo el peso de la ilusión de anular de esta manera el espacio entre-dos, condición inherente a todo vínculo. Pero lo que queda claro es que “el otro”, en este caso el analista, tiene que saber para que pueda darse una inscripción vincular y que el compartir agrega alguna *credibilidad* a lo vivido. Llama la atención que en la mayoría de los casos el analizando no necesita explayarse sobre el evento-causa del estado emocional afectivo. Cuenta con la credibilidad del analista. Si bien para ambos participantes el saber acerca de un estado afectivo no es exactamente el mismo temor, y el comentario no responde necesariamente al deseo de saber a qué se debe esta transformación, es probable que ambos sostengan la creencia que la misma transformación tiene que ver con el vínculo y que, por lo tanto, es creíble y es auténtica. A eso se llama “comentar”, “hablar de lo que sucedió”, exigiendo un acto de fe de parte del otro a manera de conocimiento de que la total confirmación es imposible. En la mente del analizando dicha experiencia de bienestar o mal-estar tal vez haya abierto una esperanza o desesperanza, un nuevo camino referido a un trabajo compartido pero, lo que no cabe duda, es que por lo menos desea que quede alguna inscripción de la producción de algo no previsto del resorte del nivel emocional-afectivo.

De este modo una creencia singular se transforma y da origen a una vivencia compartida basada en la búsqueda de credibilidad. La imposibilidad de dar plenamente cuenta de lo singular en lo vincular remite a esta queja eterna acerca de la soledad humana y es el sostén de aquellas frases: “si Ud. supiera lo que siento ... Ud. no puede saber... Quiero que sepa...” O en la vida cotidiana: “quiero contarte cómo me sentí y no me escuchás...”

Pero el hecho que ambos participantes del vínculo analítico tengan que apoyarse en el respaldo otorgado por un acto de fe para inscribir esta experiencia, oculta una zona de *ambigüedad*, inherente a la vincularidad que reaparecerá bajo forma de *malentendido* en sus diversas modalidades.

Esto me lleva a pensar que lo afectivo introduce un plus de malentendido o por lo menos una cualidad específica a lo que se suma el malen-

tendido que introduce la palabra. En un intento de disminuir el peso del malentendido, el comentario a veces se llena de palabras del orden de la descripción o explicación, estableciendo nexos causales, etc...

El concepto de malentendido en el campo vincular (Puget J., Berenstein I., 1984) es inherente a la fundamental diferencia fundante del vínculo y a la heterogeneidad de sus componentes. La polisemia de los actos verbales, la imposible articulación y conjugación entre dos o más sujetos, la diversificación de los estados afectivos, la imposible armonización entre representación de palabras y de afectos son también condición necesaria en la relación entre dos o más sujetos y, a su vez, son los que sostienen un malentendido funcional. Tanto en el campo afectivo como en el de la palabra, el malentendido es estructural y la autenticidad de una determinada expresión afectiva deja, por lo general, un margen de cuestionamiento (ambigüedad), por lo cual actos verbales y estados afectivos aportan cada uno un plus al malentendido.

El malentendido, en el campo de los afectos, puede ser desconocido porque se lo equipara a malentendido de palabra o a choque de afectos personales. Pero el malentendido en el campo afectivo no se reduce ni a la polisemia de los términos ni a la diferencia entre el estado afectivo de un solo yo o de varios yoes. Si bien estos dos estados intervienen, cambian de significado y de cualidad cuando se ubican en un espacio vincular.

Me parece importante hacer énfasis en que es necesario diferenciar, para poder ubicarnos en el tema del malentendido, antagonismo y diferencia. El malentendido, en tanto signo de diferencias, es promotor de la comunicación en la medida en que deja abiertas permanentes incógnitas en la relación con el otro. Los antagonismos se confunden con malos-entendidos y a veces se reconoce tener un malentendido cuando se está en el umbral del antagonismo. En ese caso, y pasando este umbral, el malentendido ya no promueve la comunicación sino que la clausura. Tal vez algunas confusiones acerca del *no entender* equiparado al *no estar de acuerdo* puedan encontrar sus bases en esta confusión entre antagonismo y diferencia. Para los estados afectivos el “no estar de acuerdo” es un sin sentido. Mientras que, a lo sumo, cabe el “no entender” o “no considerar adecuado”.

Resumiendo: una experiencia afectiva singular se transforma en otra experiencia cuando se vinculariza. El comentarla le agrega un plus y, al mismo tiempo, la ubica en otro registro afectivo y temporal, dado que el comentario se hace en otro tiempo y fuera de la escena. La transmisión de la experiencia singular exige un acto de fe de parte del otro acerca de la credibilidad de lo vivido, siendo esto una manera de clausurar la separati-

vidad de los yoes y la imposible coincidencia entre ambos. El pasaje de una creencia singular a una búsqueda de credibilidad compartida da cuenta de la existencia de dos espacios mentales: el singular y el vincular, de difícil sino imposible articulación. La transmisión de la experiencia vincular introduce en el campo del malentendido una dimensión de suplementariedad para los sujetos del vínculo.

Y también, como sugerencia, diría que los comentarios acerca de los estados afectivos, sean éstos vinculares o singulares, dejan al descubierto un imposible: traducirlos en palabras que no incluyan un cierto margen de ambigüedad y, sin embargo, hay una necesidad de intentar dar cuenta de ellos en palabras en algún momento que es siempre ulterior. Una pareja decía: “sé que me tenés afecto pero no sos afectuoso”. Ese saber requiere pruebas, las que ilusoriamente puedan dar ciertos actos y palabras.

Autenticidad y pruebas

Introduciré el concepto de autenticidad a sabiendas de las dificultades que el mismo entraña. Se lo puede definir como la clausura de una multiplicidad que, a su vez, hace verdadero-verosímil lo dicho y lo vivido implicando, de parte de quien lo expresa un compromiso con sus consecuencias. Se dice de una obra de arte que es auténtica si el que la firma es el que la realizó. Su opuesto es falso-falsedad. Es posible descubrir la particularidad del par falso-auténtico y ver cómo se enlaza o no con el par creíble-engañoso (mentira). ¿Cómo puede ser falso un afecto? Tan sólo porque lo origina una doble intención o porque intenta encubrir la zona enigmática inherente a cualquier vínculo, o porque desde la vincularidad el ser parcial en su forma de expresión lo reviste de falsedad.

Entonces supongo que la experiencia afectiva vincular introduce otra dimensión imposible y es la que deriva de la comprobación de la autenticidad de los afectos. Ésta cubre una zona enigmática, la cual debe ser respondida desde el lenguaje afectivo y desde el lenguaje verbal. Si obtiene una respuesta definitiva, deja de ser interesante. Si deja el enigma al descubierto, abre a nuevas posibilidades y angustias. Tal vez por ello gran parte de los problemas que se establecen en la vincularidad son malentendidos en torno al cuestionamiento de autenticidad posible de los afectos: “me querés de verdad...” O “ya sé que me querés pero...”.

Un enunciado se presenta como auténtico cuando parece disipar el enigma acerca de lo que siente el otro. Ello puede percibirse a partir del

tono empleado para la formulación, de las palabras elegidas, consituyéndose entonces un puente que conduce a la credibilidad y permite hacer un alto en la fatigosa tarea de creer o no creer, ya que los afectos se mueven siempre sobre arenas movedizas.

Si las parejas pueden preguntarse *ad infinitum* acerca de la autenticidad de sus afectos, es porque en el terreno de la subjetividad es imposible valerse de pruebas mientras que, en última instancia, ello pareciera ser algo más posible cuando se trata del campo del conocimiento llamado de la realidad objetiva. Por otra parte sabemos que el recurso del analizando para obtener pruebas a partir de la realidad objetiva sólo lo lleva a lograr un tipo de seguridad que lo aleja del conocimiento de su inconciente. En las parejas se suscitan discusiones eternas acerca de estas pruebas llamadas objetivas.

Autenticidad y dobles intenciones

La duda acerca de la autenticidad de los afectos se apoya también en la creencia que ciertas manifestaciones afectivas están dotadas de dobles intenciones: “me decís que me querés porque te sirvo para... algo”. O “me buscas para que yo haga...”, etc. En la familia, la relación parento-filial está plagada de este tipo de comentarios que contienen suposiciones acerca del valor utilitario de las manifestaciones afectivas; “sólo me querés porque...”, etc. Propongo que esta vertiente sea introducida en el análisis de la transferencia: “Ud. sólo me quiere para que tal cosa... o sólo porque...”

Ello lleva a pensar que el concepto de autenticidad, relacionado con el nivel afectivo-emocional, sólo adquiere valor cuando se dirime la cuestión de la doble intencionalidad y sus posibles significaciones inconscientes.

Cuando se repiten las preguntas acerca de la autenticidad de un afecto, “¿me querés de verdad?”, es porque la sombra de la inautenticidad y del fraude está presente, inclinando la balanza hacia la desconfianza y el malestar. La desconfianza instala un estado afectivo en el que circula la sospecha de segundas intenciones ocultas detrás de las palabras y de las vivencias lo que, dependiendo del clima vincular o de la psicopatología de un sujeto, tomará mayor o menor fuerza. Curiosamente, pareciera que las manifestaciones de odio y violencia no requieren confirmación si bien se las intenta explicar o racionalizar de alguna manera.

Exigencia de autenticidad

¿De dónde proviene la exigencia de autenticidad? Parece sostenerse sobre una imposible necesidad de basar el bienestar en el encuentro con una VERDAD y la necesidad de probarla. Ello es válido tanto para el odio como para el amor y sus formas intermedias. Conflicto entre conocimiento absoluto o navegación en aquellas arenas movedizas de los posibles. Las pruebas son también imposibles ya que debieran confirmar no sólo el afecto, sino la escena dentro de la cual se originó, la posibilidad de nombrarlo así como de compartirlo. Algo así como crear un presente eterno.

El sujeto humano busca verdades, que ahora equiparo a pruebas que lo confirmen como sujeto viviente singular, vincular y social en una fórmula que le confirmara la existencia de una identidad en todo unificada. Desde mi punto de vista esta visión armónica del aparato psíquico forma parte de un modelo ilusorio que, sin embargo, ha sido la base de muchas hipótesis psicoanalíticas. Es necesario reconocer que el permanente cuestionamiento desorganiza, por lo cual se congelan dichos cuestionamientos bajo forma o de convicción inalterable o de creencia. Convicción y creencia (Berenstein, 1986) corresponden a diferentes niveles de funcionamiento psíquico. El poner nombre a los estados afectivos instaura la esperanza que se disipe el malestar por la falta de pruebas fehacientes. Desde otra vertiente la exigencia se refiere a un aspecto tiránico de la mente como una manera de imponer acuerdos imposibles.

Traducción del afecto singular en afecto vincular

La traducción de una vivencia singular en vivencia vincular en muchas ocasiones da origen a un malestar y, por el contrario, a un cierto embelesamiento. Ello tiene que ver con la toma de conciencia que cada espacio singular y vincular inviste al estado afectivo de una cualidad propia e intransferible.

En el orden de lo vincular el nombrar un afecto no diluye necesariamente el malestar o bienestar, ya que se le agrega una exigencia de credibilidad compartida. Además, hay que tomar en cuenta que el sólo hecho de nombrarlo es causa de un nuevo estado afectivo, por lo cual se opera una sustitución de un estado en otro y lo que se nombra pertenece a otra escena. Por otra parte, quien nombra se ubica en un afuera de la escena que si bien la organiza, la limita y la contiene, no por ello cumple con una buena traducción.

Cuando una pareja intenta ponerse de acuerdo en palabras sobre la cualidad de la experiencia afectiva vivida, sólo alcanza, en el mejor de los casos, cubrir una zona de ambigüedad donde se ubica el malentendido vincular, si bien fácilmente retorna a partir del remanente de ambigüedad que las palabras conllevan cuando hablan del estado afectivo. Es algo así como una espiral donde, a lo largo de rápidos y sucesivos pasajes, se opera una transformación desde malentendido, ambigüedad, síntesis ilusoria, que engendra bien o mal-estar.

Señalé anteriormente que en el espacio singular cuando una persona habla de sus propios afectos, sean placenteros o displacenteros, supone que el otro cree en la verdad de lo dicho. Sin embargo puede suceder que al nominar su estado afectivo sienta que el nombre no se adecua a lo vivido. También sucede que cuando el estado afectivo es de malestar, el nominarlo permite salir de la escena en la que ese afecto habría surgido, y el yo experimenta el natural alivio acorde a la vivencia de salida de su encierro. Pero también puede ocurrir que cuando es otro el que la nomina, ello sea vivido como intrusión en la intimidad o ser indicio de una supuesta transparencia.

Uno de los miembros de una pareja no podía soportar que ella nombrara en la sesión el estado afectivo de su esposo referido a las dificultades sexuales de la pareja. El malestar producido era del orden de la violación despertando una emoción violenta y el deseo de huir. Cuando una pareja comenta “estamos bien” o “estamos mal” basándose en la creencia de compartir este estado, suele suceder que esta nominación desvirtúa la experiencia. Ya no agrega un plus a la creencia mencionada sino que la invalida. Es frecuente que el otro de la pareja diga “hablá por tu cuenta...”, revela que en este momento el sujeto hace un particular uso de lo no conocido o imposible de conocer, tendiendo a singularizar la experiencia. De modo análogo, si uno de ellos relata en la sesión que “fue al cine”, el “fuimos, querrás decir,” que agrega el otro, alude a la necesidad de vincularizar la singularidad. La corrección da cuenta del malestar sufrido. Esta permanente necesidad de vincularizar lo singular y de singularizar lo vincular revela cómo un afecto dependiente de la presencia del otro pierde autonomía, así cómo un afecto sin un otro pierde sentido. Son todas estas observaciones las que me han llevado a asignar un origen diferente de los afectos en el campo singular y en el campo vincular.

Origen de los afectos en la singularidad de un sujeto y en el ámbito vincular

Pensar el origen del afecto en el marco de mi propuesta presenta particulares dificultades.² Además, como toda problemática compleja, dio lugar a estudios realizados a partir de muy diferentes perspectivas. Si bien me he ubicado en una perspectiva en la que diferencio los afectos de la singularidad y los afectos vinculares, me atengo a la teoría clásica según la cual el afecto en el sujeto singular se origina en su interioridad, pudiendo definirse como la descarga que acompaña la pulsión, teniendo consecuencias en el cuerpo erógeno y en la cualidad de las fantasías.

Para los afectos del campo vincular ya es necesario pensar en un origen propio y, por ende, diferente. Los adscribo a una fuerza interior a la vincularidad, a la cual concebimos con Berenstein en términos de relaciones de mutua imposición o de poder (Puget, 1998; Berenstein, 1997). Este concepto de fuerza está aquí empleado en forma metafórica, no corresponde a una suma de fuerzas singulares sino a un nuevo producto resultante del particular efecto vincular, según el cual los miembros del vínculo se mantienen sujetos y subjetivantes en la medida en la que se ubican el uno en relación con el otro. Dicha fuerza, en lo que hace a los estados afectivos-emocionales, se manifiesta en los cuerpos con sus diferentes manifestaciones, gestos, palabras, en los climas y en los mitos construidos por los miembros del vínculo. Los mitos se basan en el intento de explicar lo inex-

² A manera de ayuda bibliográfica. Veamos algunas posibilidades haciendo un breve recorrido.

- El afecto-angustia es primario, provee un signo que puede ser considerado como la “auténtica” manera de tomar contacto con el inconciente mientras que el pensamiento lo encubre. Para Lacan (*Televisión*, p. 39) otros afectos como, por ejemplo, la tristeza calificada como depresión sólo “engaña” y aleja del inconciente. Dos tipos de afectos: el uno ligado al goce, el otro a la elaboración secundaria y, por lo tanto, a la defensa.
- ¿El afecto con sus diferentes cualidades es primario, “soporte” de toda actividad psíquica y pone en contacto directo con el inconciente mientras que el pensamiento es secundario?
- El afecto es descarga pura (Freud y otros) y sólo cuando se liga a la representación de palabra accede a la significación.
- ¿Afecto y pensamiento son pares conciliables pese a provenir de diversas fuentes o son irreconciliables en tanto promotores de acciones de diferente cualidad?
- La palabra no agota el pensamiento y el pensamiento no agota el afecto.
- O como lo dice magistralmente Green, autor al cual es imprescindible nombrar con un tema como éste, “el afecto es la carne del significante y el significante lo es de la carne” (Green, 1973, p. 221). Ello es una manera de dar al afecto un lugar en la cadena de significantes en tanto representación. (p. 332).

plicable y darle forma coherente. Siguiendo alguna clasificación podríamos pensar en mitos que hablan del amor, mitos que hablan del odio y mitos que hablan del saber acerca del otro, es decir de las diferentes cualidades afectivas del vínculo.

Esta manera de proponer la especificidad de un vínculo se basa en la suposición de que éste tiene una potencialidad propia y una modalidad representacional basada en la representación de la ajenidad y heterogeneidad. La dimensión de alteridad puede plantearse como una alternancia de creencia en un bien entendido que cubre un malentendido esencial.

Los afectos surgidos de la experiencia singular están ligados a experiencias de falta y de pérdida, desamparo y castración. En cambio, los afectos surgidos de la experiencia ligada a la imposición de la presencia del otro son determinados por la vivencia de alteración de la propia organización, a manera de un exceso. Estas alteraciones están vinculadas con las diferentes formas de inscripción de los estados afectivos.

¿Cómo se inscriben los estados afectivos?

Es fácil pensar que los intercambios verbales tienen alguna inscripción en la mente a manera de relatos y anécdotas. No sucede lo mismo para los estados afectivos ya que, además de ser dotados de una gran riqueza de matices registrados como experiencia emocional, son cambiantes y se introducen en escenas también cambiantes. Si bien la teoría psicoanalítica tiene en su haber una serie de conceptos para dar cuenta de las inscripciones en la memoria, cabe volver a pensar este tema a la luz de lo que estoy planteando.

Voy a proponer entonces que los estados afectivos vinculares pueden registrarse como *marca que puntúa* una historia vincular a partir de la cual se genera lo que llamó Green “un discurso viviente”.³ Y para los afectos

³ Para Green el concepto de discurso viviente toma en cuenta la existencia de una multiplicidad de materiales psíquicos que participan en la actividad representativa como lo son los pensamientos, las representaciones de palabras y de cosas, las fantasías, los afectos, algunas acciones o estados del cuerpo propio que se traducen en análisis por el contenido pero también por la prosodia del discurso, la cualidad del silencio y las actitudes gestuales que lo acompañan. De esta manera Green separa este discurso del lenguaje en tanto actividad lingüística. (Francois Duparc, André Green, 1997, p. 31) Ello implica que (Green, p. 330) considera que los diferentes tipos de significantes no obedecen a las mismas modalidades de concatenación.

singulares como puntuaciones de la propia historia, siempre ubicadas en alguna escena. Algo así como proponer ligaduras.

Dichas marcas constituyen una *trama que sostiene* más allá de la palabra. En lo singular corresponde a alguna emoción equivalente al sentimiento de estar vivo y su opuesto estar anulado. Así se establece un continuo-discontinuo para la mente de un sujeto. Para la vincularidad equivale al sentimiento de pertenencia y al poseer o a su negativo: “Tengo (no tengo) una pareja”, “tengo (no tengo) una familia”. Poseer y pertenecer son dos ejes posibles para la constitución de la trama afectiva.

La inscripción requiere algunos símbolos que fijen los intercambios afectivos, algo así como equivalencias. Para las parejas es probable que la cotidianeidad con sus múltiples ingredientes, se invista de representantes de cuidado o descuido mutuo. Las fechas recordadas o no, los regalos, etc... Los objetos perdidos o destruidos como recuerdos de actos de violencia o desencuentros, etc... Y algo similar sucede en las familias. Por ejemplo, la investidura de la comida familiar, la “pasta del domingo” intenta cubrir la separatividad con un placer compartido. La trama parece romperse cuando se producen interrupciones-fracturas, a manera de irrupciones bruscas de estados afectivos que la desorganizan y conducen a efectos imprevisibles.

Las marcas tienen dos destinos posibles:

- el uno constituirse como representación de discontinuidad que descentra la historia anterior y poco a poco la irá incorporando. Inaugura un nuevo estado. Le corresponde la frase: “esto nunca me-nos pasó antes”.
- o como situación traumática que sólo se inscribirá como marca a posteriori y será el resultado de un trabajo psíquico. Se puede nombrar un mismo evento al infinito con nuevos significados en la creencia de que son los mismos. Equivale a la frase: esto me recuerda “siempre me-nos vuelve la misma escena”, “se vuelve a vivir algo como si no hubiera pasado el tiempo”. La escena pasaba reaparece como si fuera igual a la que le dio origen.

En síntesis, los estados afectivos unipersonales o vinculares constituyen experiencias capaces de producir marcas, si bien éstas se inscribirán en la memoria en forma distinta a la que efectúa el registro verbal. Dichas marcas son el registro de una irrupción que desorganiza y no puede ser pensada o el registro de una irrupción que también desorganiza pero podría ir siendo pensada. En ambos casos promueven acciones instrumentadas por el (los cuerpos) o la (las mentes).

Para lo vincular, si bien, las marcas son las mismas para los miembros del vínculo porque se marcó y los marcó en el mismo momento, difiere o no coincide el sentido. Cuando se les pone palabra vuelve a aparecer la ambigüedad inherente a los estados afectivos.

Estados afectivos y escenas

La irrupción de estados afectivos genera escenas cambiantes que suelen entrar en conflicto con la exigencia de permanencia y de estabilidad.

En el contexto de esta exposición entiendo que las escenas⁴ son marcos ocupados por diversos personajes en los que se producen estados afectivos vinculantes y desvinculantes. Los vinculantes acompañan y sostienen una continuidad, la propia o la de un vínculo. No por ser vinculantes destierran el malentendido sino que, en todo caso, abren nuevos caminos a la producción de contenidos afectivos y dejan al descubierto nuevas incógnitas, dando por resultado el enriquecimiento de la experiencia emocional. En cambio, cuando se generan afectos desvinculantes, se introduce un quiebre frente a la imposibilidad de sintonizarlos en un mismo registro o, en caso contrario, la exigencia de sintonización anula la necesaria alteridad.

Una sesión constituye una escena dentro de la cual se originan estados afectivos propios a dicho marco y no únicamente un marco donde se repitan otras escenas.

He podido observar que cuando uno de los integrantes de la pareja espera la sesión para plantear cuestiones que, habladas fuera de la misma, supone que no llevarían al conocimiento deseado, igual suele ser un detonante de malestar incrementándose la agresión y la violencia. ¿Por qué se produce este estado de cosas en ese marco especial? Tal vez porque el trabajo analítico consiste en pensar, cuestionar y hablar desde dentro de una escena y hacerlo genera un afuera que resulta intolerable. En ese afuera se ubica el otro de la pareja. La pareja también, a veces, tiene la ilusión que el analista haya estado presente cuando se produjo el conflicto, sabiendo que su producción actual se da en otro escenario. Además, no sólo no estuvo presente sino que con su accionar crea un espacio otro, que a su vez altera la escena introduciendo irremediables diferencias y discontinuidades. La no-coincidencia entre la experiencia afectiva y la palabra hablada lleva a

⁴ Fácilmente escenas puede ser pensado como equiparable a fantasías, si bien intento dar un estatus propio en el que las escenas están al servicio de dar cuenta de estados afectivos.

que duden de la eficacia del método así como de la autenticidad de los mensajes expresados. “Entonces vos sentías esto o aquello... cuando yo creía que estabas sintiendo esto otro...”

Las alteraciones de las escenas ocurren en diferentes niveles. Por un lado, cuando una pareja o familia cuenta un episodio se sale de la experiencia vivida, habla de ella y, al hacerlo, la modifica. En otro nivel, la escena que crea el marco analítico produce afectos que alteran el relato de la experiencia. Y, por último, las palabras dichas por el terapeuta dejan en un afuera tanto la experiencia vivida fuera de sesión como la experiencia vivida ya en sesión. Al salir de la escena utiliza un lenguaje meta que es el que produce desasosiego y malestar. Su intervención desde un afuera descubre el malentendido fundamental que sostiene la estructura. La distancia entre la convicción que otorga el sentir y la falta de fuerza de las palabras. Es decir la no-coincidencia entre la experiencia afectiva y la palabra.

Algo similar sucede cuando un paciente en análisis individual desea vincularizar su experiencia afectiva.

Nuevo pasaje por el malentendido y la autenticidad

El malentendido de los afectos tiene también que ver con la discordancia entre lo ya vivido y el presente. La concientización incluye una exterioridad a la experiencia y la misma introduce una modificación que pareciera quitarle autenticidad. Cuando un solo sujeto desea poner en palabras su estado afectivo, descubre con pesar la pobreza del vocabulario verbal y por lo tanto descubre la brecha existente entre afecto y palabra. Cuando una pareja o familia intenta poner en palabras un estado afectivo creado en conjunto, descubre el malentendido fundamental que sostiene la estructura y la distancia entre la convicción que otorga el sentir y la falta de fuerza de las palabras.

Aceptemos que los afectos *afectan-alteran* o tan sólo *acompañan y sostienen* una continuidad: la propia o la de un vínculo.

Los afectos que provienen de la interioridad de un sujeto sólo secundariamente alteran a otros. En general son creíbles, no se cuestionan y si se los cuestiona es siempre desde un afuera, desde la mirada de un otro. Se insertan en la serie bienestar-malestar como si fueran “auténticos”, algo así como creíbles. Son creíbles en tanto sensación pero pueden perder credibilidad cuando se los traduce en palabras. El trabajo interpretativo incluye nombrarlos con innumerables y cambiantes matices, tal vez con la idea

que la mirada de afuera posiciona al sujeto ante sí mismo. Tienen alguna expresión en gesto, vivencias corporales e intento de traducción en palabras o como acompañantes de un relato. Tal vez, al nombrarlos, el analista se propone hablar en un lenguaje meta de aquello que el analizado dice sentir o no dice sentir pero transmite por el cuerpo y sus fantasías; de esta manera agrega complejización y riqueza al relato. Muchas veces me he preguntado por qué le decimos a un analizado cómo nos parece que se siente produciendo en éste, en muchas ocasiones, el sentimiento de haber sido entendido. A esto, ¿se llama entender o sólo se trata de ir puntuando los relatos con reflexiones que pueden dar lugar a nuevos cuestionamientos?

Para los estados afectivos que provienen de la intersubjetividad la cuestión de la credibilidad y autenticidad es muy compleja. Si bien se generan estados afectivos que necesariamente alteran y son alterados por el otro-otros (exterioridad), éstos ocupan una zona cuya ambigüedad se revela cuando se les intenta poner palabra. Es a ello a lo cual me referí cuando mencioné el malentendido inherente a la vincularidad. También se inscriben dentro de la serie malestar-bienestar pero ya no en forma simétrica ni acompañados sistemáticamente por un sentimiento de autenticidad ni de credibilidad compartida. En casos extremos como los estados de violencia sea pasional, amorosa o sádica, se encubre la ambigüedad dinamizante de cualquier estado vincular por una afectividad que, momentáneamente, anula los matices: el estado es compartido, no así su significado y motivación.

Estados afectivos y formas de estar

Los estados afectivos organizan una *determinada manera de "estar"* que se torna "mal-estar" o "bien-estar" consigo mismo o con otros. Responden a la representación o experiencia de una alteración producida por una necesidad-urgencia-potencialidad (acción-afecto). Es imposible impedir el surgimiento de dicha alteración si bien es posible intentar transformarla en mal o bien estar. De ello probablemente dependerá que dichos estados afectivos sean producidos por amor-odio y produzcan manifestaciones sostenidas, que determinen acciones que recorren un espectro desde la compulsión hasta la mediatización-elaboración, dando origen a una desorganización-organización-reorganización.

La interioridad de una sola mente y la interioridad vincular generan cualidades y un *despliegue temporal* del afecto que tiene su especificidad. Tal

vez, aún carezcamos, de nombres adecuados para dejar claramente diferenciadas las categorías. Sin embargo una primera clasificación puede pasar en uno de sus extremos por la irrupción violenta (descarga sin mediatización) y en otra la descarga mediatizada que lleva a la lenta constitución de la complejización vincular.

Afecto sin barreras (brusco) y, por otro lado, afecto limitado (de desarrollo lento) por la represión primaria o por la alteridad (presencia del otro) son algunas de las alternativas posibles. Lo que llamo barrera para un solo sujeto es la represión primaria a partir de la cual la descarga directa es imposible. En cambio, para los vínculos, la barrera es la presencia de un otro siendo esta presencia la que traba o modifica la descarga.

Experiencias fundantes de estados afectivos

Algunas experiencias pueden ser consideradas como *fundantes* de estados afectivos. He desarrollado, en otro trabajo, la idea que la subjetividad se constituye, en parte, como consecuencia de una *mirada-escucha privilegiada* (Puget 1993) que proviene de un otro al cual se ha dotado de esta capacidad. Pero también, dicha necesidad de reconocimiento es inefable e insaciable y se inscribe en un movimiento activo y pasivo, puesto que quien podrá reconocer debe de haber sido dotado de esta capacidad por el propio sujeto. Del tema de la relación entre constitución de subjetividad y reconocimiento surge uno de los ejes producidos por y productores de estados afectivos, como lo es el eje de ser mirado-escuchado-pensado por el otro y mirar-escuchar-pensar el otro. El tema referido a los primeros vínculos parentales padres-hijo ha tenido diferentes desarrollos en el psicoanálisis, aquí deseo seguir su trayecto en relación con el tema de los afectos y su enlace o no con la palabra. Las experiencias de privación sensorial y la consiguiente desorganización psíquica son un ejemplo de la necesidad de un intercambio que vehicule y promueva estados afectivos para la constitución y sostén del aparato psíquico. Una pareja puede discutir al infinito acerca de la cualidad de las miradas mutuas, el requerimiento de ser escuchado y pensado. Frases como “me extrañaste” denotan la búsqueda de una confirmación que sellaría el inefable estado afectivo compartido. Nuevamente tendríamos un ejemplo donde la palabra hablada debe disminuir la ambigüedad y, desde un lenguaje meta, hablar de una cualidad ligada al afecto.

Pero ello difiere para la subjetividad de un solo sujeto donde el mirar-mirarse, el pensar-pensarse hacen a la producción de una subjetividad cuya característica es la falta de cuestionamiento. De esta manera las marcas se inscriben en un continuo que autoconfirma el ser y el estar en una ilusión de prescindencia del otro. El escuchar, en tanto voz exterior, al yo deja de tener lugar. El surgimiento de afecto tanto por el mirar-mirarse como por el pensar-pensarse y el afecto que promovió dicho movimiento al no producir una alteración en el otro, carece de una de sus cualidades inherentes a la vincularidad. Confirmarse prescindiendo del otro y construir de esta manera su interioridad lleva a la creación de interlocutores ubicados sólo en el mundo de fantasías. Aquí la noción de ajenidad sólo la dará lo desconocido de la interioridad, del inconciente y de sus motivaciones.

Otros ejes separan la vincularidad de la relación consigo mismo en la medida en que el afecto, en tanto acción productor de estados afectivos, llevará a *hacer*, o *hacer junto con* o *hacer hacer a otro*.

A manera de nuevo interrogante

Hay palabras que se ubican dentro del afecto (interior) y palabras que se ubican afuera (exterior). ¿Tiene esto algo que ver con una relación armónica entre afecto y representación en palabra, o tiene que ver con la imposibilidad del afecto para ser nombrado?

El embelesamiento, encanto, o su opuesto el horror y disgusto referido a un estado afectivo, sólo contiene palabras interiores del afecto.

Pareciera haber una incompatibilidad lógica entre habitar una escena afectiva y nombrarla. El habitar produce encantamiento, sea éste cargado eróticamente o tanáticamente. El encantamiento deseoso o el encantamiento del goce. El nombrarla puede ser disolvente de dicho encantamiento.

Encontrar cómo nombrar sin que ello clausure la escena, parece uno de los imposibles. Pero es imposible no nombrar, lo que de alguna manera interrumpe un estado que se desea perpetuar.

Veamos otra paradoja: nombrar el afecto para retenerlo disuelve.

Chaplin decía que uno solo es feliz en la infancia pero es demasiado chico para darse cuenta. Si uno no se da cuenta no es felicidad, y si se da cuenta no es felicidad porque se dio cuenta. Muchas son las paradojas que sostienen los estados afectivos y de ahí su potencial riqueza.

Referencias bibliográficas

- BERENSTEIN, I. (1986). *Acerca de las convicciones*. VIII. Simposio y Congreso Interno: El diálogo analítico II. Buenos Aires. *Actas*.
- _____ (1997). *El solipsismo no resuelto*. El psicoanálisis para los psicoanalistas, Hoy. Premisas y controversias. A.P.deB.A., Oct. 1997. XXIV Simposio y Congreso Interno. *Actas*.
- BRITTON, R. (1994). *Realidad psíquica y creencia inconsciente*. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo LI, N° 1-2, p. 27, 1994. Buenos Aires.
- DUPARC, F., GREEN, A. (1997). *Psychanalystes d'aujourd'hui*. p. 31, PUF 1997.
- FREUD, S. (1915). *Lo inconsciente*. O.C. XIV, Amorrortu Ed. 1976.
- _____ (1926). *La represión*. O.C. XIV. Amorrortu Ed. 1976.
- _____ (1926). *Inhibición síntoma y angustia*. O.C. XX, Amorrortu Ed.
- GREEN, A. (1973). *Le discours vivant*. Presses Universitaires de France. 1973.
- LACAN, J. (1974). *Télévision*. Le champ freudien. Editions du Seuil. 1974.
- PUGET, J. (1993). En la búsqueda inefable de un reconocedor privilegiado. *Actualidad Psicológica*. Año XVIII, N° 196, p. 2. Marzo 1993.
- _____ (1997). Del poder al poder. *Revista de Psicoanálisis*, A.P.A. Número especial Internacional, N. 5, 1996, pág. 121, 1997.
- BERENSTEIN, I. (1984). Malentendido en el diálogo psicoanalítico. *Psicoanálisis*, T. VI, N° 1, 1984.